

# EL ARCA

Semanario religioso, social, literario y de intereses generales

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Editor - Administrador: J. Ismael Cordero

Se publica los sábados La suscripción por serie de 12 números vale 75 céntimos El número suelto vale 10 céntimos

AÑO I

HEREDIA, COSTA RICA, SABADO 20 DE MARZO DE 1915.

Nº 41

## EL TALLER DE NAZARET

“ **C**ON el sudor de tu frente comerás tu pan”.

Tal fué la primera ley que oyó el hombre de los labios de Dios, al ser arrojado de su primera morada.

La ocasión y circunstancias que acompañaron su promulgación le dan el carácter de un castigo impuesto a todos los hombres en la persona del primero, pero esto no quiere decir que si no hubiera delinquido, hubiera estado exento del trabajo; a él también se habría dedicado aunque sin ley expresa que a ello le obligara, y de distinto modo y por distinto fin.

El trabajo, pues, no debe considerarse como triste patrimonio de las clases desheredadas, o como fruto del estudio de los sociólogos que lo han considerado como base principal de toda sociedad; sino como una exigencia de la vida, como una condición inherente a la naturaleza humana, sancionada por una ley divina que a todos comprende, lo mismo al monarca que al vasallo, al aristócrata que al plebeyo, al rico que al pobre; a todos sin distinción de clases, ni de categorías se les ha dicho; *con el sudor de tu frente comerás tu pan*; hasta la fecha nadie ha podido gloriarse de haberse eximido de la observancia de este precepto.

Es tan general, que su mismo autor al tomar nuestra naturaleza vivió sujeto a él.

Caso verdaderamente portentoso y admirable: ¡trabajar Dios para comer! Nadie lo pudo imaginar, pero no por eso deja de ser menos cierto; así nos lo dice la fe, y el taller que fué testigo de sus trabajos, sudores y fatigas.

En un humilde rincón de Nazaret, a la presencia de todos y en medio de una vida natural y ordinaria, cumple el Dios-Hombre con esta ley.

El taller es una pieza en el

que la pobreza más absoluta, forma un hermoso contraste con un orden, paz y alegría más propio del cielo que de la tierra.

Allí se ofrece a nuestra consideración, un grupo formando una familia modelo, compuesta de padre, madre y un hijo; el padre que, sin ser anciano, revela una edad madura y se dedica tranquila y reposadamente a las faenas de su oficio de carpintero; el hijo que apenas ha salido de la niñez, se afana por aprender los primeros rudimentos del oficio para ayudar a su padre; la madre es joven y de una belleza sin igual, está doblemente hermosa porque en su interior siente una satisfacción y placer inexplicables, también trabaja en los quehaceres de la casa, pero de vez en cuando, se detiene para dirigir una mirada de esas que solo las madres pueden echar, envuelta en oleajes inmensos de amor y de ternura, al esposo y al hijo.

El silencio de la estancia es tan solo interrumpido por los golpes del martillo, porque los tres están en absorta meditación en la cual se hablan mutuamente sus almas, comunicándose consuelos y dulzuras inefables.

Nunca vió el mundo una familia semejante; eran tres seres verdaderamente extraordinarios.

La esposa podía gloriarse de ostentar en su frente de nácar la corona de la maternidad más admirable entrelazada con la de la virginidad más prodigiosa; el hijo era el mismo Verbo de Dios, que ocultaba bajo el manto de su humanidad la gloria de su divinidad; el padre, el varón justo por excelencia, escogido por Dios para representarle en la tierra, y ejercer sobre su Hijo la autoridad, deberes y oficios de un verdadero padre.

Pudo el Verbo encarnado al venir a este mundo, entrar por el arco triunfal de las grandezas humanas, pero no lo hizo porque quiso darnos

altos ejemplos de la doctrina que venía a predicar, y sobre todo de la virtud que había escogido como base de todas sus enseñanzas, la humildad.

Por eso levantó su primera cátedra en un taller y dedicó su primera lección a la clase más humilde de la sociedad, al obrero.

Tan importante le pareció esta lección, que dedicó a ella la mayor parte de su vida.

Los frutos principales que de ella se siguieron fueron la santificación del trabajo elevándolo a la categoría de virtud, y enseñar al obrero como debe practicarlo para obtener de él abundancia de bienes espirituales y temporales.

No debe, por lo tanto, el obrero cristiano avergonzarse del trabajo, pues Dios no se desdeñó de ser en él su compañero y amigo abrazando sus privaciones, contrariedades, sudores y hasta sus mismos instrumentos, engrandeciéndolos así de tal modo, que lo que antes no era más que un medio para la vida se ha convertido en una virtud digna de un premio eterno; y lo que no era más que motivo de bienes caducos y perecederos se ha trocado en una fuente inagotable de tesoros inmensos de gracias y merecimientos.

Esta es una razón poderosa que debe estimular al obrero para cumplir con los deberes que su condición le impone, acordándose cuando vea su noble frente humedecida por el sudor y sienta desfallecer sus fuerzas por el cansancio y decaer su ánimo por las contrariedades, de que suda con Cristo, desfallece con Cristo y es atribulado juntamente con Cristo.

Faltaba no obstante al obrero un ejemplar vivo más inmediato a él, salido de su propia masa y condición, para que esto se determinara más fácilmente a su imitación y este modelo se lo dió en su padre putativo.

San José es un perfecto modelo de obreros cristianos. Aleccionado por su traba-

jo, levantando su corazón al cielo, saludando a su Padre, y pidiéndole su bendición para llevarlo a cabo con felicidad.

Nunca éste lo distraía tanto, que le impidiera amenizarlo con pensamientos santos que lo mantenían en una constante presencia de Dios.

Su amor por la justicia no le permitía defraudar lo más insignificante, tanto en el valor material de sus artefactos, cuanto en el tiempo que en ellos debía invertir.

Comprendía que por encima de los bienes temporales estaban los espirituales, y con estos tesoros procuraba enriquecer su alma, sin omitir por esto diligencia ni economizar sudores que habían de convertirse en pan para Jesús y María; pero su trabajo era reposado y tranquilo, como lo estaba su conciencia y como el que confía más en la Providencia que en sus propias fuerzas.

En las contrariedades lejos de irritarse, besaba con filial sumisión la mano que lo probaba recibiendo estas pruebas como favores particulares del cielo.

Así debe ser el obrero cristiano.

No ha nacido éste solo y exclusivamente para el trabajo, sería el ser más desgraciado, si tal fuera su fin.

Así como en una máquina no todas las ruedas son iguales, y cada una debe ocupar su lugar respectivo para que armonizadas perfectamente resulte el fin que se propuso el artífice, así también en la sociedad es preciso que haya grandes y pequeños, ricos y pobres, para que moviéndose todos dentro de su esfera respectiva, consiga ésta el fin que le señaló su divino Artífice, que es su desarrollo material y moral en esta vida, y como consecuencia de esto, la eterna felicidad en la otra. Tal es el fin a que debe atender, por consiguiente el obrero.

Para conseguirlo, tenga ante los ojos el modelo de San José, imitándolo puede ad-

quirir grandes méritos sin hacer cosas extraordinarias.

Ofrecer a Dios todos los trabajos y adversidades que le sobrevengan; santificar el trabajo con presentimientos santos y una intención recta; cumplir con sus deberes sociales y religiosos; procurar el bienestar de su familia por medios decentes y honrados; tal es el secreto que le brinda con una verdadera felicidad, y el camino que debe seguir para llenar un noble fin.

Siguiéndolo, tendrá a Jesús por compañero, a San José por modelo y a su conciencia por testigo de su satisfacción.

## ORACION

IMPLORANDO LA PAZ, COMPUESTA POR S. S. EL PAPA BENEDICTO XV.

Espantados de los horrores de la guerra que devasta pueblos y naciones, nos refugiarnos ¡oh Jesús! como en nuestra salvación suprema en vuestro AMANTÍSIMO CORAZON. Imploramos con gemidos a Vos, DIOS DE LAS MISERICORDIAS, para que cese este cruel azote, a Vos, DIOS PACIFICO, venimos apresuradamente a pedir la paz tan suspirada.

De Vuestro Corazón divino irradió en el mundo la caridad, para que quitada toda discordia reinase solamente el amor entre todos los hombres. Cuando andabais por el mundo, Vuestro Corazón palpaba de tierna compasión por toda humana desventura. ¡Ah! que se conmueva también en esta hora, tan grave para nosotros, de odios tan funestos y de terribles estragos.

Tened piedad, Señor, de tantas madres angustiadas, de tantas familias privadas de su jefe, de la mísera Europa, sobre la cual pesan tantas ruinas.

Inspirad, Señor, a los gobernantes y a los pueblos consejos de mansedumbre, arreglad las disensiones que los hieren, haced que los hombres vuelvan a darse el beso de paz, Vos que los hicisteis hermanos al precio de vuestra preciosísima SANGRE. Y como un día al suplicante grito de Pedro, SALVANOS, SEÑOR QUE PERCEMOS, respondiste pia-

dosamente calmado al mar embravecido, hoy a nuestras fervientes plegarias, responded devolviendo al mundo trastornado, la paz y la tranquilidad.

Y Vos también, Virgen Santísima, como en otros tiempos de terrible prueba, ayudadnos, protegédnos y salvadnos. Así sea.

## LA LEY DE COHESION

AVANZANDO la humanidad en su afán constante de estudios analíticos, ha dicho su última palabra, por boca de los sabios acerca de la materia en su mínima expresión. No habiendo podido encontrar el límite inferior (de tamaño) en ninguno de los componentes de los cuerpos, ha supuesto esa mínima expresión en cada uno de los cuerpos simples, cuya combinación es la razón de la existencia de dichos cuerpos. A esa mínima expresión han aplicado el nombre de *átomo*.

Los cuerpos simples se componen de átomos, así como la combinación de dos o más cuerpos simples da origen a cada uno de los cuerpos compuestos.

Tenemos, pues, la evidencia de que todo cuerpo se compone de una multitud de átomos de diversa naturaleza, unidos entre sí, y conformados de tal suerte, que cada cuerpo conserva su forma o fisonomía especial, en virtud de lo que se llama la *ley de cohesión*. Podemos, en consecuencia, decir que la *cohesión* es la ley por la cual los átomos componentes de un cuerpo tienden a estar constantemente unidos.

Ahora bien; tenemos como verdad induditable que *Dios creó todas las cosas*.

Si nos detenemos a reflexionar un instante, veremos que es casi lo mismo decir que *Dios creó los átomos y la ley de cohesión*.

Esto, en cuanto se refiere a la materia.

Pero es que Dios creó así mismo esta admirable ley para el campo de las facultades del alma, para las verdades morales, y, en general, para todo lo creado.

Del mismo modo que, rota la ley de cohesión, la pluma con que escribo desaparecería en el aire, convertida en polvo invisible, una inteligencia bien equilibrada perdería su fuerza en cuanto desapareciera el equilibrio entre sus diversas facultades que es su *ley de cohesión*.

Y lo mismo se podría decir de las facultades morales. En

las de un anarquista, por ejemplo, es evidente que no funciona la *ley de cohesión*.

Hasta en la unión moral de los seres ejerce dicha ley su benéfica influencia. La *condición o ley de sociabilidad* es la *ley de cohesión*, aplicada por Dios al género humano para que viva en sociedad, y sabido es que los seres irracionales viven también en tribus y familias.

Llegados a este punto, ya es hora de reflexionar. Mientras todo el resto de la creación cumple esta sabia ley, el ser humano la olvida completamente, al menos en el aspecto que hace relación con la sociedad.

Los seres inanimados... una piedra, un trozo de hierro, etc.; los vegetales... un árbol, una débil planta; todo ser, en fin, constituido de materia, presenta una resistencia, relativamente tenaz, cuando una energía extraña tiende a separar de él un trozo: es la *ley de cohesión* que ejerce su fin.

Cuando una manada de lobos pretende hacer presa en las tiernas crías de una vaca, prontamente las vacas y los toros forman un círculo, cogiendo sus hijuelos en el interior, y presentando a la *consideración* del enemigo sus astadas defensas: hé aquí estos pacíficos animales cumpliendo a las mil maravillas la *ley de cohesión*.

Y la hormiga laboriosa, y la abeja inteligente, y el pelícano, y las grullas; los mismos lobos, en fin, presentan hermoso ejemplo de solidaridad.

No así el hombre. El hombre hace precisamente lo contrario.

Sabido es que la *honorabilidad* es algo que es menester conservar en las relaciones sociales, casi tanto como la salud misma. Pues bien; la honra de una persona tiene, por lo regular, un solo defensor, que es la persona misma, en tanto que el resto de la humanidad son detractores más o menos activos.

Esto mismo ocurre en todo lo demás que se relaciona con la ley de sociabilidad humana.

Poca cosa tendría que hacer el género humano para cumplir esta ley de cohesión social. Pongamos invertido el mismo ejemplo anterior, y hagamos que sirva también para todos los demás que podríamos presentar.

Se trata de la defensa del honor.

Defiendan todos los seres humanos la honra de sus semejantes, sin hacer caso, ni poco ni mucho, de la honra propia. De esta suerte, cada honra tendrá tantos defensores como seres humanos alien tan sobre la tierra, menos uno, que es el interesado.

.....  
*Amaos los unos a los otros*, dijo Cristo a los hombres, recordándoles la suma bondad de la cohesión social; y desde que El lo dijo, su Iglesia repite la frase admirable, día por día. Sin embargo, la humana flaqueza se resiste a cumplir esa sabia ley, que es precisamente la antítesis de toda concupiscencia y de todo egoísmo.

¡Qué admirable sería que todos los hombres, siquiera todos los cristianos, o cuando menos todos los católicos cumpliésemos fielmente la *ley de cohesión*.

A falta de mejor cosa, se la recomiendo a mis pacientes lectores.

P. O.

## El pequeño abogado

MI padre ejercía la Procuración en el pueblo y yo, a mi edad corta, podía escribirle los interrogatorios y deslizar mi pluma insegura por los azules renglones del papel sellado; advirtiéndome, sí, las faltas ortográficas en que podía incurrir:

—Honor con hache. Si-do con ese.

Ya sabía entonces que *ar-to*, era la abreviatura de *artículo*; que por L. O. T. se entendía Ley Orgánica de Tribunales; que las copias se hacían bajo dos rayitas y que, imprescindiblemente, todos los interrogatorios debían comenzar con la pregunta: «1ª Sobre generales de Ley.»

Escribía horas enteras sobre la vieja mesa adornada con una carpeta llena de cascaduras y con el plato de hojalata en donde reposaban los tinteros cuadrados y los portaplumas sin lustre ya. Mi orgullo de niño se halagaba al oír las exclamaciones de los poderdantes, vecinos sencillos la mayor de las veces. Hablaban de mis pocos años y de mis aptitudes, quizá sinceramente, quizá para contentar a mi padre.

Rebalsaba mi entusiasmo en aquellas dulces épocas—en que no pensaba lo que ahora—cuando, cerca a los Diccionarios de Escriche, los testigos eran examinados previamente y yo escribía, sentado en un alto taburete, lo que se me dictaba.

La escritura era mi recreo, talvez porque inocentemente gozaba más con las lisonjas que con la agitación de las horas de juego. Despreciaba el caballito de madera y las chozas de paja construidas en un rincón del patio con mis manos inexpertas. Y eran una música muy agradable aquellas frases de los litigantes, ponderando mi genio, comparando la magnitud de

su labriega ignorancia con el automático adelanto mío, hecho en dos años de práctica.

Me quedaba silencioso cuando los elogios brotaban; y con una malicia que ahora he perdido, me hacía el indiferente a las exclamaciones.

\* \*

Una vez el Procurador salió a una inspección a las afueras y hubo de retrasarse tres días. Tenía yo vacaciones.

Al segundo llegó a mi casa Romualdo Pérez, un pobre campesino a quien un «ladino» había querido arrebatar su huerta. Se desalentó al saber que el apoderado no estaba en pueblo; pero el hijo lo podía suplir y me rogó:

—Hágame el escrito usted, patroncito! Hágame el escrito, que si nó, Ñor Leandro me va a coger el restojo!

Yo me asusté. Nó! Hasta ese punto no llegaba mi sabiduría. Yo era una máquina; la cabeza, todos aquellos códigos, el estante lleno de libracos viejos con tapas de cueros, los tenía mi padre en la memoria. Yo nunca había ensayado hacer un escrito sin que a cada período de su voz dijera las palabras y las advertencias.

Pero Romualdo se lamentaba; y sus ruegos y el miedo de perder el rastrojo ponían en su carota quemada una candidez de niño.

—Por Dios, patroncito! Cuatro letras nada más..... Dígame al juez que por la Virgen Santísima que es mía la tierra.....Mi tata me la dejó a mí, a él se la dejó su tata y a mi abuelo quién sabe quien se la dejaría. Entre todos nosotros no se vé uno que haya sido mañoso....Hágame las cuatro letras!....

No podía librarme de aquel pobre hombre. Me declaraba incompetente ante él; le decía que era imposible, que yo no podía inventar una sola palabra. Llegó hasta afligirme aquella su terquedad.

En su sencillez, cuando vió mi disgusto, sacó de la alforja naranjas, limas y cañas de azúcar, ofreciéndomelas.... Mi sobriedad precoz las rechazaba y él se insinuaba más:

—Chúpeselas, patroncito.

Y seguía hablando, rogándome, implorando la limosna de mi atención, tratando de convencerme, tenaz siempre ante la idea de perder la heredad.

Para llenarme de gozo, me decía que en alguna ocasión me llevaría a la finca.

—Ella es chiquita pero alegre. Hay muy lindos bejucos en el atolladero. Usted podrá echar pipantes de papel en la quebrada y jugar con el ternero de la Chota. Es muy alegre la finca.... Cuatro palabritas para que no me la

quiten! Bueno? Sí, patroncito....?

Mi aflicción se fué tornando en angustia y comencé a llorar. Romualdo se apesadumbró, callándose, sorprendido por lo que había hecho. Luego con una voz más mimosa aún, paternalmente me decía:

—Ya nó....ya nó! Ya no lo molestaré, patroncito. Cállense; si es nada....

Me enjugó las lágrimas con la manga de su gruesa camisa, se echó al hombro la alforja que había colocado en el suelo, junto a la pared, y con pasos temblorosos se encaminó a la puerta. Ya bajaba las dos gradas de piedra cuando pude ver su rostro de franco campesino y sus ojos ingenuos, con esa ingenuidad de los bueyes mansos, nublados por la humedad de las lágrimas.

¿Pensaría en su huerta que intentaba arrebatarle el señor Leandro? ¿Se consideraría desamparado, sumido en la miseria por la inferioridad de su casta que lo haría perder su fortuna, frente a la rapacidad ladina? Ya marchaba en la calle Romualdo y sus caites sonaban en las piedras. No era el peso de la alforja el que lo hacía bajar las espaldas, sino el desconsuelo que se le enroscaba.

No pude más y lo llamé a voces:

—Romualdo! Romualdoóó...

Obediente, el buen hombre compareció de nuevo.

—Mande, patroncito.

Pero ya no era la misma voz suplicante, honda a causa de la mezcla con su incultura, la que contestaba. Era un tono rendido el de las palabras. Era aquel acento que yo había lastimado y cortado con mi nerviosidad.

—Ya no molesto, patroncito. Qué se va a hacer! Allá en el cielo, Dios perdonará mis culpas y las de los demás.

Bajo el poder de la lástima, tomé la pluma y un pliego de papel de oficio y dije con emoción:

—Qué quieres que le diga al Juez?

Admirado, el pobre se sonreía con una mueca de incrédulo. ¡Tanto había rogado anteriormente, sin fruto!

—Quiero—me contestó—que le diga al Juez que le juro ser yo el dueño del rastrojo. Que nadie de mi familia ha sido mañoso y que Ñor Leandro las va a pagar con Dios.

\* \*

Hoy no me acuerdo de lo que escribí. Tal vez puse las mismas palabras con el encabezamiento: "Señor Juez Civil". Tal vez copié las exclamaciones del pobre Romualdo Pérez.

La verdad fué que el Juez —un viejecito patriarcal— se portó benévolo. Mandó a cortar las cercas de don Leandro

y dió posesión al legítimo dueño. Quizá no tomaría en cuenta aquellas palabras sin hilación que yo escribí; pero llegó al fondo de la verdad. ¿Acaso la Justicia necesita de alambicadas frases y citas de jurisprudencia moderna para resplandecer?

Una mañana en que mi padre y otros amigos se reían del caso, comentándolo, apareció Romualdo por la esquina, tirando de un toro joven.

—Aquí le traygo patroncito, el ternero de la Chota. Es para que juegue con él.

HERNÁN ROBLETO.  
(Socio Correspondiente.)

### Campo pagado

## HEREDIA

### Ciudad de las flores y de los cafetos



Es imposible negar, que a pesar de la crisis porque atraviesa el país en todas partes; nuestra querida Heredia, no la siente tanto; por el generoso esfuerzo del apreciable caballero D. **Julio Sánchez Lépez**, quien desde a mediados del año que acaba de pasar, no quiso, que él quería vender el precioso grano de oro, el café, lo vendiera por bajo precio; pero los demás comerciantes en este ramo, no escatimaron medio alguno, para hacer su agosto, con los pobres comprometidos, comprándoles la rica fruta por bajos precios. El Sr. Sánchez se mantuvo sereno, como el **Rey del Café**, sin hacer negociaciones que perjudicaran los intereses de los dueños de este fruto; y a tanto llegó su hidalguía, que habiendo anticipado dinero a varios, puso el valor de (C 19.00) la fanega de café. Don José Gil Bogarín, es una de las personas que se encuentra bastante satisfecha, con la poca cantidad de café que entregó al Sr. Sánchez, a este precio.

Con una media docena de ciudadanos, de esta índole, en cada provincia, sería más llevadera la crisis que siente Costa Rica.

J. G. B.

Marzo, 15 de 1915.

## PROMESA DE LIMPIABOTAS



Oye niña. Te he contado varios cuentos fantásticos, llenos de poderosísimas hadas que solo saben hacer favores a los buenos; llenos de enanitos de luengas barbas blancas que protegen a perdidas Blanca Nieves que huyen del furor de sus madrastras; he desfilado ante tus ojos una procesión de fantasías de las que me contaron cuando niño y los Grimm. Y todo, por que te gustan mucho, porque aún guardas una alma encantadora de chiquilla, que quiera Dios te permanezca siempre.

Hoy no es un cuento. Es una historia que presencié y que me recuerda una hora de ingratitud que tuve para un niño.

Escucha. Estaba en el Parque Central y observaba a un chiquillo limpiabotas. Tendría, a lo más, siete años, vestía miserablemente un roto vestidito de cuadros blancos y negros, todo sucio de betún; suspendido a un lado llevaba el cajoncito del oficio, y a la sombra de la mugrienta gorrilla se descubría una carita clorótica y delgada, en la cual se retraba el dolor y el hambre.

Le limpio? preguntó a un señor lleno de anillos y de dijes, y el adusto señor no se dignó mirarlo; y la misma pregunta salió varias veces temblando de sus labios y solo obtenía por respuesta groserías o majaderías de gentes sin corazón.

Cuando se acercó a mí, tenía los ojos encendidos, llenos de lágrimas y.... me da vergüenza recordarlo, pero lo rechacé también.... Recuerdo que aquellos ojos se clavaron en mí, y en aquella mirada, leí toda la tristeza, todo el odio, todo el desprecio de aquel niño para sus ingratos semejantes.

Rodaron de sus ojos dos lágrimas.... dió media vuelta y se marchó silvando una melodía triste.

Lo seguí con la vista. Aquel desgraciadillo me interesaba; ví que se detuvo frente al templo, que una sonrisa cruzó por entre sus labios y que apresuradamente entró.

Quise seguirlo y me dirigí al templo; desde el pórtico lo contemplé unos momentos, él avanzaba resuelto por entre la nave.

Cerca al altar mayor se veía una imagen de Jesús. Hasta allí llegó el chico, lo ví arrodillarse y sacar de su cajoncito la caja de betún, el cepillo y el trazo de lana.

Una curiosidad femenil me invadió, y de puntillas me fuí acercando, acercando hacia el chiquillo.

El limpiabotas lloraba; mientras un raudal de lágrimas brotaba de sus ojos, limpiaba con betún las sandalias de Jesús. "Jesusito mío, no permitas que se muera—decía levantando de cuando en cuando sus ojos hacia los del santo. No permitas que se muera; es mi consuelo.... y menos de hambre, Jesusito de mi alma, yo, sin madre, quien sabe lo que haría, repárame con qué alimentarla y yo, que no tengo nada que darte, no faltaré todos los días a limpiarte las sandalias".

VICK. ML. ELY.

Le doy gracias a S. Francisco de Paula por un favor concedido.

UNA DEVOTA.

## NUESTRO RUISEÑOR

A la virtuosa y bella hija del llorado poeta D. Aquileo J. Echeverría, con manifestación de mi aprecio y simpatía,

Un sentimiento de tristeza ha despertado en nuestras almas el recuerdo doloroso del infortunado poeta D. Aquileo J. Echeverría con motivo de la repatriación de los restos que la muerte, en su ansia devoradora, dejó olvidados en tierra extraña.

El triste fin del inspirado trovador ha revestido la más desconsoladora realidad con el vistoso plumaje de la leyenda.

La suerte desató sobre él los huracanes helados de la adversidad, obligándolo a alejarse de su patria tan querida, en busca de nuevo aire y alimento; como ave a quien los rigores de un invierno borrascoso y bravo hicieran desplegar sus alas y remontar el vuelo hacia lejanas tierras.

Don Aquileo fué su rui-señor. Con un canto le dijo adiós al nido que aun guardaba el calor de las caricias de sus padres y con raudales de lágrimas y efluvios de ternura, se fué alejando de su suelo, para él tan desdichado. Mas, cuando estuvo lejos, sobrevino a su alma una tempestad mayor de la que había azotado con furia de huracán su cuerpo en tantos días aciagos que le hizo cambiar sus melodiosos y festivos cantos en lúgubres lamentaciones! Le sobrevino la nostalgia de la ausencia con los recuerdos cariñosos de su patria y sumido en un abismo sin fin de desconsuelo y de ternura, vió perderse en el ocaso aquel sol, q' otros tiempos había inspirado sus cantares con los bellos celajes del crepúsculo en su tierra. Aquileo vivió sus últimos días recordando las frescas y húmedas mañanitas de sus patrios lares, el ambiente perfumado de sus cafetales en flor, la risa sabrosa de sus guapas campesinas al regresar a sus hogares por las tardes después de la labor con sus vestidos rotos y enmielados, los cuadros de hidalguía y nobleza de nuestros enamorados, las picardías y chistes de nuestros chiquillos y la frase graciosa con que expresan nuestros aldeanos sus delicados sentimientos y esa serie de recuerdos truncaron con la tristeza el hilo de la vida de aquella existencia tan gloriosa!

EFRAIN SÁENZ C.

## Sal del País

Al precio más bajo de la plaza, por mayor, vende

ENRIQUE SABORIO G.

En la Agencia de Licores

## MINUTA MUNICIPAL

*Sesión del miércoles 17 de marzo.* — Asistieron los Regidores Chaverri (D. Enrique), Sáenz (Don Alberto), Martínez (D. José P.) y el Secretario, Sr. Lizano. Presidió el primero en su carácter de Vicepresidente.

1.—Se leyó, aprobó y firmó el acta de la sesión anterior.

2.—Don Luis Fioravanti solicita se le resuelva la petición que hizo por medio del Regidor Sáenz para que se le concediera gratuitamente a la Empresa del Salón Teatro el alumbrado necesario para las noches de espectáculo y ensayos, explicando que esa concesión era provisional, mientras no existiera el Teatro Municipal en construcción. El Regidor Sáenz apoya con larga argumentación la solicitud del Sr. Fioravanti. El Regidor Chaverri se opone, y después de discutida la cuestión, se resolvió: decir al Sr. Fioravanti que formule su petición por escrito.

3.—Doña Agueda Pérez v. de Rodríguez solicita se le pague la faja de terreno que con la reforma de su casa dejó al servicio público en las calles "Moya" y "La Victoria". Se dispuso: que el Gobernador mande medir la faja de terreno dicha le informe.

4.—Vista la nota contestación de Felipe J. Alvarado y Cía explicando por qué mantiene aún las líneas conductoras de la fuerza eléctrica para el alumbrado, excusándose además de prever los peligros que ocasione el roce de otras líneas que se establezcan, se resolvió: Comisionar al Gobernador para que recave del Ingeniero de la Purdy Cía, si hay o no el peligro que se prevee y en su caso exprese con antelación cuándo debe ordenarse la supresión de las líneas de la Compañía Alvarado.

5.—Insistiendo el Regidor Sáenz en que teme graves perjuicios y peligros con la interceptación de unos alambres con otros, explicando q' no le inducen móviles hostiles a la Compañía Alvarado, sino el deseo de evitar males mayores para una y otra Empresa y para el Municipio, se acordó: solicitar directamente de Mr. Purdy su parecer en el particular discutido.

6.—Don Jacinto Mora en contestación a una nota que se le pasó, expresa que, en su concepto, la caballeriza instalada por don Rubén Quesada en nada perjudica a la higiene pública: que no obstante eso y los gastos que se han hecho, acatará lo ordenado una vez que el derecho de patente se haya vencido, se resolvió: de conformidad.

7.—A moción del Regidor Sáenz se acordó: que el Inspector de Higiene asociado

del Médico del Pueblo informen si las caballerizas dentro de la ciudad son o no anti-higiénicas y perjudiciales al buen servicio de los hoteles: que el Sr. Gobernador informe si al expedir la patente de caballeriza a favor de D. Rubén Quesada, no de D. Jacinto Mora, lo hizo en virtud de que no hay disposición legal ni municipal que prohíba el establecimiento de la referida caballeriza. El Sr. Martínez votó en contra de esta moción porque contradice lo expuesto por el Regidor González (ausente) en la sesión pasada.

8.—Se leyó y se tomó nota de una nota del Ministerio de Gobernación en que previene que en lo sucesivo, cuando halla ampliaciones o modificaciones en las tarifas se dé aviso a aquel Ministerio.

9.—Leído un proyecto de tarifa presentado por el Gobernador para su aprobación, se resolvió: aplazar su examen para la próxima sesión suplicando al Sr. Gobernador que traiga a la vista el informe dado por la Comisión de Clasificación y se sirva concurrir a dicho acto.

10.—Visto el informe desfavorable dado por el Sr. Gobernador a la solicitud de doña Matilde Vargas de Ramírez para establecer una tenería en su patio de beneficiar café, por considerarlo como foco anti-higiénico, y discutido el asunto se acordó: conferirle a la señora Vargas el permiso que solicita. El Regidor Sáenz salvó su voto.

11.—Con vista del informe dado por el Sr. Gobernador referente a la exención que solicita doña Matilde Vargas de Ramírez para que no se le cobre el impuesto de beneficio de café por valor de ₡ 25.00, a moción del Regidor Martínez se acordó: no eximirlo del impuesto ya que su solicitud es extemporánea sino rebajarle la suma cobrada a ₡ 15.

12.—El señor Gobernador comunica que por no haber habido en caja la suma suficiente para cancelar al Licdo. Anderson su crédito por honorarios, obtuvo de este señor una prórroga autorizándolo para descontar su documento en un Banco, se acordó: Aprobar lo hecho por dicho funcionario.

Terminó a las 9 p. m.

## EL ENCANTO

Cualquiera que visite el Cantón de Alvarado encontrará que su mayor encanto es la bonita tienda de Sixto Solano, en Capellades, tanto por la buena especialidad que mantiene en sus géneros y adornos de vestidos, como por los precios sin competencia que ofrece a su numerosa clientela.

Desea Ud. muebles elegantes, y bonitos? Visite cualquier taller y luego diríjase al de los señores don Lico Zamora y don Jesús Jiménez a quienes preferirá Ud., sin duda, por los precios y buenos materiales que están dispuestos a ofrecer a sus favorecidos.

## AVISO

Han desaparecido de mi potrero que poseo en el Pedregal de San Rafael de esta Provincia:

Una vaca alazana, frente blanca, sin fierro; en buen estado de gordura, como de cuatro años de edad, y un torito barcino, de raza fina, de dos años y medio, sin marca, cachitos cortos, recogidos, como de una cuarta de larga.

Ofrezco ₡ 10.00 al que me dé noticia de ellos.

Heredia, Calle del Progreso, 18 de marzo de 1915.

CIPRIANO SÁENZ RODRÍGUEZ.

## Gran Escándalo

Se vende una patente de licores, varias mercaderías, un mobiliario compuesto de 2 mostradores, 2 urnas, estantería, mesas, etc. Todo nuevo, de buena madera y en buen estado. Para precio y condiciones, entenderse con

Arturo Benavides

Heredia, marzo de 1915.

## Ernesto J. Flores

MÉDICO Y CIRUJANO

Ofrece nuevamente sus servicios profesionales en esta ciudad.

Horas de consulta:

8 a 11 a. m. — 12 a 4 p. m.

LOS MARTES de 12 m. a 2 p. m., *consultas gratis* para los pobres inscritos en la Sociedad de San Vicente de Paul y huérfanas del Hospicio de esta ciudad.

Heredia, marzo de 1915.

## Se vende o alquila

una de las casas más cómodas y mejor situadas del centro de esta ciudad de Heredia. Cuenta con sala, tres dormitorios, comedor, cocina, cuarto de sirvientes, baño, excusado, lavadero, corredores para leña, puertacalle, solar, jardín y otros accesorios necesarios. En esta Imprenta se dará razón.

En la cantina del Centro de Amigos se compran medias botellas vacías.

Imp. Herediana, Cordero Hnos